Último tren a ninguna parte

Rodro Mtnez



Capítulo 1

ÚLTIMO TREN A NINGUNA PARTE

El falso mármol de la barra empapaba puños y mangas con su irritante pegajosidad, un armadijo que arrastraba a la clientela hacia el abismo del vaso, desde la ambrosía etílica hasta el húmedo tintineo de sus hielos contra el cristal, allí los recuerdos asomaban en culpa ahogándose trago a trago, suspiro a suspiro... Omnipresente, el humo del cenicero bailaba para nosotros, pero lo hacía triste, casi como si no fuera a ninguna parte, azulado, tan mágico que se respiraba su llanto. A esas horas, el club apenas fruncía un quejido de vidrios sostenido por la incertitud de alguna melodía, cualquiera pachanguera y solitaria capaz de mecer a los parroquianos en la abulia más melancólica. Ni recién bajado de las habitaciones se exudaba alegría, más bien un regusto a suciedad, aunque no en el sentido moral predicado por meapilas y escrupulosos, sino a la manera en que uno advertía que había vuelto a tocar fondo de nuevo, otra vez. Y no precisamente por la naturaleza de la compañía, ni mucho menos, tampoco por la sordidez del contexto o lo prosaico de la transacción en sí, en realidad la causa sangraba profunda, latía dentro: «¡Mírate, para lo que has quedado!». Los pensamientos empezaban a balbucear un lastimoso bolero que moría diluyéndose entre cabezadas de sueño. Así caería la consciencia, y con ella, los últimos reductos de dignidad.

—Amigo, ya es hora de irse a casa —resonaba grave un acento del este—, estamos cerrando.

—Tengo sed —supliqué resacoso otra copa mientras me invitaban a largarme, apenas me concedieron una botellita de agua cortesía de la casa.

Una vez en pie, además del mareo, me envolvió una suave algazara que mezclaba varias conversaciones, simplemente chicas y empleados con sus asuntos al despedirse. Aún me dio tiempo a percatarme de que a unos metros de mí un señor no despertaba, lo abofetearon y ni siquiera reaccionó. Sus pantalones, empapados, apestaban, de modo que con cierto cuidado, le limpiaron la cartera y lo sacaron por la puerta de atrás, supuse que dormiría la mona en el callejón colindante, si es que aún respiraba. «Podría haberme pasado a mí perfectamente», pensé preocupado.

La claridad del día me golpeó en los ojos con su luminosidad cruel, el sol brillaba acariciando a los mortales en sus quehaceres diarios, algunos rumbo al trabajo, si bien la gran mayoría se regocijaba en ese aroma festivo propio del fin de semana: panaderías repletas, chavales futbolistas, preámbulos del vermú en las terrazas... Al escocerme las

córneas, decidí ponerme las gafas de sol en tanto que una horrible jaqueca acentuaba la sequedad de mi boca. Por más agua que bebiera, mi garganta no cejaba en su agostamiento, mi lengua ejercía de escofina raspando cada palabra para que, desde la cripta que era la glotis, se derramase un murmullo sonámbulo e ininteligible. Tosía de frío pese al calor cuando el aire me supo a sangre, la misma de un esputo renegrido que, huyendo del pecho, irrumpía hacia la náusea. A duras penas logré domar mis tripas.

La gente me observaba con el gesto torcido, ¿cuál era el problema? Ninguno en verdad, excepto que no había en mí nada estimable, de ahí el hallarme siempre solo al final del camino, indefectiblemente desengañado, con la única compañía de aquella voz susurrante que reprochaba cada derrota como si fuera definitiva. Preso de la mediocridad, me había atrevido a perseguir sombras disfrazadas de sueños, ésas que a menudo ignoraba por el efecto de mis pies en el suelo; sin embargo, lo llegué a ver tan cerca que, por una vez, alcé el vuelo hasta derretir mis alas. Craso error: perdí lo que creía mío e incluso más, absolutamente todo, salvo un incesante anhelo de escapar adonde nadie pudiera encontrarme nunca, lejos de miradas y juicios, de consecuencias y venganzas...

Pensando en mis cosas, me dio por encender el móvil —lo había desconectado en el club con la intención de no gastar batería—, de modo que saltaron decenas de alertas entre llamadas perdidas y mensajes de voz. Abrumado, volví a apagarlo, aún no estaba en disposición de afrontar mi mundo. No podía regresar como si nada hubiera ocurrido para fingir —o mejor suplicar— una oportunidad en forma de perdón, me sentía tan incapaz que nadie a mi alrededor merecía soportar tal insulto a su inteligencia. Pedir ayuda se antojaba egoísta y huir era cobardemente inútil, la soledad habría de ser mi singular cómplice por el momento, al menos unas horas, aunque probablemente el silencio ya anduviera hecho añicos, mancillado sin duda por el poso amargo de la delación. Cómo culparla, nunca debí meterla en esto.

El olor a mantequilla y café recién molido me obligó a refugiarme en un bar; ya dentro, pedí de desayunar antes de apalancarme en una mesa apartada. Durante la espera, escudriñé receloso semblantes y ademanes de la gente que allí se reunía: currantes, crápulas, jubilados, domingueros..., cualquiera de ellos podría tenerme reservada una última bala, nada anormal cuando dinero ajeno desaparece en tus manos. Sorpresivamente, se grabó en mis pupilas un rostro en particular, mis lentes tintadas dibujaban la imagen de una vieja amistad a la que el paso de los años no había tratado con justicia. Levanté mis gafas colocándolas de diadema y proyecté la rojez de mis ojos en su mirada. Me había visto, pero al estar con mujer e hijos simuló no conocerme, claramente le incomodaba presentarme y explicar el porqué de tantas cosas, sobre todo teniendo en cuenta mi aspecto. Yo pertenecía a una época que él ya había superado, normal que temiera pringarse con mi aureola de fracaso, quizás

incluso mis circunstancias no le fuesen totalmente extrañas, la gente habla y lo malo siempre parece fácil de creer, más si cabe cuando se confirma cierto. Habría bastado apenas un simple saludo o adornar el pasado con ligereza, aunque eso significara mentirle a su nueva vida; en cambio, consideró más civilizado —también más seguro— aparentar que yo no era nadie, tan sólo un fantasma. Cuánta razón en el fondo, a fin de cuentas no me quedaba mucho para serlo. Continué persiguiéndole con la vista mientras él se negaba a girar la cara. A pesar de que la invisibilidad pudiera erigirse en solución a mis problemas, aquello me molestó bastante, me desanimaba profundamente no estar en aquel bando, en su lado del muro, sentado con mi propia prole compadeciendo a algún pobre diablo. Sentí envidia, la suficiente como para necesitar ir al servicio.

En el solitario recogimiento del retrete, una amalgama de nervios, desde la ansiedad hasta el agotamiento, me forzó a desquitarme con el turulo: unos miligramos más hirviendo entre ceja y ceja, lavado de cara en agua fría incluido, y todo resplandecería bajo otro prisma. Después de salir del baño, me decidí a dar el paso, quise acercarme a mi antiguo camarada y saludar a su familia por mera cordialidad, pero ya no supe encontrarlos. Tuve la sensación de que mi presente, aquél que me hubiera gustado habitar y al que tanto recurría mi imaginación, lograba darme esquinazo de nuevo, cómo no, siempre dispuesto a merodear recordándome mi vulgaridad sin dejarse coger. Desde luego no estaba hecha la miel para la boca del asno.

Ataviado con aquel manto de tristeza, elegí continuar la huida, una evasión de la realidad para apurar mis últimas bocanadas antes de que fuera inevitable lo inevitable. En un bolsillo de mi chaqueta descubrí una tarjeta de un local llamado *Damocles*. Todavía estaría abierto, se trataba de un afterhour a sólo un paseíto de distancia, motivo por el cual decidí pasarme, además me sonaba haber parado por allí antes, tal vez hasta conociera a parte del personal. Tomada la decisión, descarté mover mi vehículo porque no me fiaba demasiado de mí mismo, así que no hubo más remedio que estirar las piernas y caminar. Anduve errático, doblado cual junco desafiando al viento, mi equilibrio oscilaba mediante un ridículo contoneo que por poco no me llevó al piso. A medida que me aproximaba a la puerta del local, fui suavizando mi crapuloso amaneramiento hasta merecer desganadamente la permisividad del portero:

—Veinte euros con una consumición. —Aboné la cantidad sin rechistar.

En su interior, me vi apabullado por un estruendo electrónico que destilaba cierta espiritualidad, un himno carente de esperanza cuya magia congregaba a un número de fieles nada desdeñable para las horas que eran, embrujados todos por el parpadeante sortilegio de sus luces, ávidos de cada instante como si no importara el mañana. Justo lo que requería la situación, hedonismo nihilista. El Damocles se paladeaba desde los

sentidos sin la menor de las prisas, recreándose uno en aquella decadente liturgia que realzaba su condición de templo, insondable y misterioso en su oscuridad, perturbadoramente hipnótico, con esa fuerza deslumbrante de la llama sobre la polilla...

—¡¿Qué pasa, macho?! —Aquella voz fétida vino acompañada de una palmada en el hombro, me resultó ciertamente irritante—. Me he enterado de lo ocurrido, lo siento mucho. Estás en tu casa, pide lo que quieras que corre de mi cuenta, aquí los amigos no pagan.

—Gracias —respondí sin saber quién era aquel cabronazo de impostada amabilidad; a decir verdad, no me fiaba de él, pero a esas alturas me traía sin cuidado, ya sólo me interesaba deflagrarme en alcohol, de ahí que le siguiera el rollo—: Te debo una, hermano.

Saboreando el dudoso brebaje de la casa, percibí un aroma a juventud que discurría por la pista de baile. Despreocupación a raudales, tersura, belleza, el futuro les pertenecía, y sin embargo, allí estaban, jugando a madurar de golpe, amontonando experiencias para poder presumir de ellas cuando la vejez les someta. El vuelo del tiempo pasará las páginas sin reparar en su contenido, del prólogo al epílogo opacando lo primordial del meollo, cada acción, cada acontecimiento..., tan sólo la sombra de la oportunidad perdida sobre la conciencia, así hasta el final de sus días. Ellos creían sospecharlo, aunque apenas imaginaban cómo de rápido sucedería. El recuerdo entonces comenzó a dolerme.

—¡Qué ojitos tan tristes tienes! —A mi tímpano le había embaucado una dicción femenina cuyo rostro se ofrecía dulce, casi implorando algo de caso. Su mirada pintada hurgaba en la inmensidad de mis pupilas, sabedora de mi adicción e impaciente por ser invitada—. No estés tan solito, guapo, baila conmigo.

La muchacha pululaba alrededor de mí igual que una mariposa, frotándose interesada pese a mi renuencia, mientras yo, inmutable, agotaba copa tras copa; no obstante, llamó mi atención la generosidad que tuvo al esparcir un elemento arenoso sobre mi bebida. No esperaba que invirtiera en mí nada más que tiempo.

—No veas cómo golpea —susurró a la vez que me besaba, dándomela a probar con el sedoso tacto de su lengua—, no te arrepentirás, tonto.

No me disgustó aquel sabor agrio, de hecho seguí consumiendo de mi vaso y su boca hasta verme embelesado tanto por su danza como por la lozana hermosura de sus formas. En verdad, después de haber pasado horas en el club, apenas albergaba deseo alguno, si bien es cierto que con la mezcla de sustancias en sangre, más el inmejorable tacto de la joven, empecé a sentir un libidinoso hormigueo. Etérea y grácil, la chica supo engancharse a mi cuello y que su aliento cítrico me convenciera de

escoltarla hacia los lavabos. Gracias a mi nula resistencia, terminé casi sin querer en el servicio de mujeres, encerrado con ella en la intimidad del váter.

—Si me regalas un pollo, te la chupo y me lo trago —propuso con pasmosa naturalidad desabrochándome entre jadeos, mi pecho repicaba excitado—. Verás qué rico lo hago, cariño, vas a flipar.

—¡Dale! —Eufórico y primitivo, empujé su cabeza abajo envainándosela en la boca.

Su técnica en la succión, mi incontrolable cadencia, aquel runrún de saliva y oxígeno pugnando por espacio..., y con todo, tardaba en culminar, el punto álgido se presentaba demasiado lejano, algo no marchaba bien. Ella se recogió el pelo e intentó acelerar el ritmo vadeando una densa madeja de babas que, a cámara lenta, resbalaba desde la barbilla para morir en su escote. Cada vez que cogía aire asemejaba volver de entre los muertos, igual que una resurrección súbita, siempre al filo del ahogamiento. Frustrado decidí agarrarla por las orejas e imprimir una velocidad que fuese decisiva, placer o dolor, esperma o sangre, pero únicamente logré un mugido gutural seguido de arcadas. La chavala ni siquiera se enfadó por la asfixia. Resignada, continuó con su faena: por descontado, debía de codiciar mucho aquel gramo, en exceso tal vez, para no claudicar ante el persistente efluvio a uretra usada y cañería podrida que de allí emanaba.

Fue entonces cuando me atreví a naufragar en la delicada neblina de sus ojos, donde ondeaba brillante un grito rasgado, fieramente humano, apenas de adulta. Sobrecogido por la vulnerabilidad latente tras aquel silencioso llanto, renuncié a ganar. Decidí, alargándole el rollo de papel higiénico para que se limpiara, que ya era suficiente. De nuevo aquella sensación entre asco y vergüenza rondaba mi mente. Con la pretensión de aplacar mi culpa, le ofrecí un par de paracas que compensaran su firme empeño, de buena gana los aceptó —al fin y al cabo era lo que había venido buscando desde un principio—, y así, despojada de cualquier rubor, se marchó sin mediar palabra, tan complaciente, tan fría, tan niña... Me quedé destemplado tras lo infructuoso del acto, pero especialmente por la bajeza que supuso aquel descenso a la inmundicia. Era incluso irónico, todo resultaba encajar a la perfección como vil metáfora de mi existencia.

Frente al inminente bajón que acechaba en clave de remordimientos, determiné sepultarme en mi propia locura, al calor dulce de la ansiada despedida, y por qué no, en pos de aquel tren a ninguna parte que se perdía hacia el infinito en mis sueños. Esnifé rabioso, más allá de la mesura, con el amargor sobre la nuez descoyuntando mi media sonrisa adormecida. Deshidratado, empapé la cabeza en el lavabo y bebí como si pudiera quitarme el mal sabor de boca, después pasé a mi irreconocible

semblante, absorto ante el sangrado de la nariz, cara a cara frente a un espejo incapaz de aclararme si lloraba o reía, quizás ambas cosas en una. Delirios febriles atravesaron mis labios en lo que el corazón rompía a bombear histérico, me faltaba el aire, mi alrededor se desvanecía... Por fin me desplomé y el impacto contra el suelo fundió a negro mi vista.

Una ilusión entretanto danzaba en bucle por mi sesera: una promesa arriesgada, un futuro común, ella y yo huyendo para partir de cero en las antípodas de aquel lodazal que nos aprisionaba... Aspirar a la felicidad era legítimo, pero también harto peligroso —sobre todo cuando otro pagaba la fiesta—, de manera que, inexorablemente, aconteció aquello que más temíamos, el vértigo, la traición del miedo. ¿Acaso podíamos culparnos por ello? En ocasiones, la noria que agitaba mi mente reproducía con despecho su imagen, su puñalada trapera; en otras, por el contrario, plañía una disculpa, abochornado por aquella ingenuidad que me empujó a arrastrarla conmigo pese a no necesitarla. De forma inesperada, el rechinar de mis pensamientos fue disipándose tras un coro de pájaros que piaba a las nubes, y de fondo, un rumor tenue, casi de agua, invitaba a abrir los ojos para respirar la fragancia del atardecer. Al hacerlo, noté un peso dentro del cráneo, las sienes palpitaban al compás de un veneno que aún me corroía. ¿Dónde estaba, qué había pasado...?

—Dos tipos llegaron en diferentes coches cada uno y se largaron en el mismo. —Un yonqui sexagenario ejercía de improvisado cronista—. Creo que te han abandonado a tu suerte, a ver si alguien te acababa rajando al tomarte por un *kunda* o algo así, por eso han dejado el carro abierto de par en par. Diría que eres un marrón que han querido quitarse de encima sin ensuciarse.

Cuando por fin me ubiqué, supe que me habían desamparado en el estercolero de la ciudad, donde el detrito social se consumía entre jeringas y navajazos, justo a las afueras, en la orilla del río que refrescaba las chabolas de aquel inframundo. Aparte de dolorido y desarmado, me sentí pestilente dentro del coche, con mi cartera limpia de billetes, sin tarjetas, aunque curiosamente conservaba la documentación, ¡qué gran detalle el facilitar la identificación de mi cadáver a la policía! Aquel gilipollas encargado del Damocles debió de asustarse con el vahído y escogió el camino más sencillo, aquél que requería menos explicaciones. ¿Cómo coño supo cuál era mi coche? ¡Mierda, ahora sí que no sabía qué pasos seguir!

—Dame un cigarrito, jefe —me abordó amablemente el toxicómano—. Tranquilo, hasta que no oscurezca no corres peligro.

Puesto que conservaba todavía una cajetilla en el bolsillo, al bajar del coche me encendí un pitillo ofreciéndole otro a mi acompañante, también le mostré el mechero, pero el viejo ya tenía el suyo propio. A medida que reparaba en él, el concienzudo ritual de sus tejemanejes logró llamar mi

atención, y sin apenas comprenderlo, me hallé sentado a su vera. En absoluto pareció molestarle, al revés, disfrutaba de mi compañía —tal vez agradecido por el cigarro—, ni siquiera le incomodaba que me fijara en cómo procedía a dar rienda suelta a su debilidad: con un cinto de cuero carcomido rodeando el brazo, empezó a quemar una cuchara cuyo óxido contenía, además de la sustancia, unas gotas de zumo de limón, las cuales facilitaban la disolución con su burbujeo espumante. Conseguida la mezcla, la aguja y el émbolo actuaron guardando el líquido en el tubo del inyector. En ese punto, la apretadura de la correa marcaba todas las venas, cada ramificación con sus meandros y afluentes, para así elegir bien dónde picarse.

Antes del chute, saboreaba mi cigarro deleitándose con la sugestiva textura del humo en sus alveolos, instante que aproveché para arrojarle una pregunta desesperada:

—¿Me dejarías probar?

—Ni de coña —respondió tajante—, no es para ti.

—Yo no he tenido problema en compartir mi tabaco contigo.

—Amigo, no dudo que te veas hecho mierda, salta a la vista que sí, pero no estás en mi pellejo, aún te queda camino por recorrer.

—¿Y tú qué cojones sabrás?

—¡Más de lo que crees! —La solemnidad de sus ojos temblorosos manifestaba una verdad incontestable—: Mi mujer y mi hija se ahogaron en este río, un maldito accidente. Si hubiese estado donde debía, aún seguirían vivas. Nada me ata ya a este mundo, excepto los pequeños momentos que me regalo aquí para evocarlas, en cada buco siento su presencia, las veo y hablo con ellas, oigo sus voces, igual que si recuperara fugazmente la felicidad perdida. ¿Y sabes una cosa? —preguntó enigmático—. Merece la pena cada puta vez, así que seguiré hasta que una dosis caprichosa decida dejarme a su lado. Mira, ni idea de cuál es tu historia, pero seguro que no tiene que terminar así, hazme caso, mejor vete a casa.

—No sé qué decir... —Sin duda me sobrepasaba aquel poderoso trasfondo —. Lo siento mucho.

Confiado en su innata habilidad, el adicto comenzó a introducirse la punta con mimo, vertiendo cuidadosamente la magia de aquel cáliz prohibido en su torrente sanguíneo. Cuando vació el cilindro, bien inoculado su contenido, exhaló una apacible sonrisa que iluminaba su rostro murmurándome: «No pretendas convertirme en tu futuro, ni se te ocurra...». Su mirada se extravió en lo que disminuía su pulso, varado y

dichoso entre las brumas del sueño eterno, quién sabe si volvería.

Entonces el campamento prorrumpió desde la lejanía un inquietante trasiego, bajo ningún concepto me apetecía verme con aquella gente contra la que me había prevenido mi infortunado cicerone, de manera que subí al coche y lo puse en marcha rumbo a la ciudad. Suerte que había combustible de sobra, aceleré y aquel lugar dejado de la mano de Dios quedó en un mal susto. Conduje ensimismado, apenas caí en cómo el cielo iba tiñéndose entre el taciturno desperezar de las luces sobre el asfalto. Mi cabeza rumiaba la veleidosa naturaleza de la providencia, pues aquellas horas habían transcurrido anómalas, prácticamente como una epifanía lisérgica: el inalcanzable presente que me rehuía, un pasado errático del cual arrepentirse, pero sobre todo, un futuro que, aun lejos de mis manos, titubeaba ante una oportunidad postrera. Mi historia no era la de aquel solitario enganchado a una aguja, traspasar la línea no me brindaría ningún reencuentro, aunque al menos podría servir para despejar dudas, quizás para poner en valor mi recuerdo, y en especial, para descansar de una vez por todas, posiblemente lo único que a esas alturas conseguía importarme de veras. Tocaba aceptar la derrota con buena cara.

Llegué por fin, aparqué en mi plaza de garaje y al subir en el ascensor me abrasó la certeza de que andaba cruzando el Rubicón, directo a un punto sin retorno. Acerté con la llave en la cerradura, y tras abrirme paso, me dispuse a entrar a oscuras al salón, sorprendentemente se encendió la luz sin que yo pulsara interruptor alguno. ¿Quién me esperaba? En realidad lo sabía demasiado bien. De pronto, me vi flanqueado por dos enormes sombras amenazadoras, y frente a mí, un viejo conocido sentado con mi mejor whisky y dos vasos que custodiaban un cenicero rebosante. La persiana entreabierta absorbía el neón publicitario de la urbe coloreando el cuarto con la cromática del arco iris: dos segundos rojo, otros dos azul, después amarillo, verde...

—¡Olé tus huevos, macho! —Resquebrajó el hielo el invitado convertido en anfitrión, aplaudiendo socarronamente, cómodo con la superioridad que le otorgaba la dupla de matones a mi espalda—. En vez de desaparecer después de la que has liado, te vas de farra y vuelves a casa, así sin más, con tus dos cojonazos bien puestos.

—¿Qué podía hacer? —refuté con desidia, disimulando que los nervios me acorralaban—. ¿Seguir como estaba? Debía intentarlo.

—Celebro que no hayas tratado de escapar —confesó aliviado—, hubiera lamentado tener que cazarte como a una vulgar alimaña.

—Si quieres saber dónde está todo... —Me aventuraba a agilizar el

trámite cuando mi interlocutor decidió interrumpirme.

—No hace falta, ella ya ha cantado —me informó ladeando la cabeza, como si detestara aquello que nos había precipitado a tal tesitura—. No la culpes, no creas que le aguarda un porvenir mucho mejor que el tuyo. —Puso el revólver sobre la mesa.

—No lo haré, tan sólo dile que... —suspiraba encogido del estómago hasta que por fin supe articular palabra—, dile que de verdad lo siento.

—Descuida —prometió el verdugo sin poder ocultar cierta curiosidad; así pues, dada la incertidumbre, escupió su pregunta igual que una espina atravesada en la garganta—: ¿Por qué coño se te ocurrió hacerlo?

—Sentí la necesidad —contesté sincero—, parecía mi último tren.

—Tú y tu famoso tren hacia no sé dónde, siempre a disgusto en la tierra, ¿verdad? Fiel a ti mismo, cómo no —amagó con sermonearme mientras servía las copas para un brindis final—. Mentiría si dijera que no voy a echarte de menos, compañero.

—Lo sé —expresé una emoción gélida a la vez que alzaba el vaso para un último sorbo—, me alegra que seas tú.

—Ni te darás cuenta —aseveraba el sicario apurando el trago. Seguidamente enroscó el silenciador al cañón de su arma, y con el brillo de sus ojos, me dedicó un último vistazo—. ¿Listo?

Asentí entornando la mirada, el corrimiento de las cortinas y una puerta cerrada de golpe llenaron el silencio; entonces a través de mis párpados, los destellos de luz desde la calle desembocaron en un negro perpetuo, por fin aquel deseado horizonte hacia ninguna parte.

FIN